

La calle para el viernes 3 de abril de 2009
Diario de un espectador
Espejos
por miguel ángel granados chapa

Pequeñas multitudes no dejaron un solo espacio vacío en la sala Manuel M. Ponce y en la sala Nezahualcóyotl donde el miércoles y ayer se presentó *Espejos*, el libro más reciente de Eduardo Galeano. Mientras que a un misántropo como fue Borges los espejos lo parecían abominables, porque como el coito multiplican a los seres humanos, al escritor uruguayo le parece que tienen muchas cualidades: “Los espejos están llenos de gente. Los invisibles nos ven. Los olvidados nos recuerdan. Cuando nos vemos, los vemos. Cuando nos vamos, ¿se van?”

Galeano explica que su libro “ha sido escrito para que no se vayan. En estas páginas se unen el pasado y el presente. Renacen los muertos, los anónimos tienen nombre: los hombres que alzaron los palacios y los templos de sus amos; las mujeres, ignoradas por quienes ignoran lo que temen; el sur y el oriente del mundo, despreciados por quienes desprecian lo que ignoran; los muchos mundos que el mundo contiene y esconde; los pensadores y los sentidotes; los curiosos, condenados por preguntar; y los rebeldes y los perdedores y los locos lindos que han sido y son la sal de la tierra”.

Espejos es una historia del mundo, en viñetas. Algunas narran el revés de la trama, la parte oculta de los grandes acontecimientos. Otras relatan aventuras humanas en apariencia de menor importancia, como este referido a una huelga de futbolistas en la patria del autor:

“El pasto crecía en los estadios vacíos.

Pie de obra en pie de lucha: los jugadores uruguayos, esclavos de sus clubes, simplemente exigían que los dirigentes reconocieran que su sindicato existía y tenía derecho de existir. La causa era tan escandalosamente justa, que la gente apoyó a los huelguistas aunque el tiempo pasaba y cada domingo sin fútbol era un insoportable bostezo.

Los dirigentes no deban el brazo a torcer y sentados esperaban la rendición por hambre. Pero los jugadores no aflojaban. Muchos los ayudó el ejemplo de un hombre de frente alta y pocas palabras que se crecía en el castigo y levantaba a los caídos y empujaba a los cansados: Obdulio Varela, negro, casi analfabeto, jugado de fútbol y peón de albañil.

Y así, al cabo de casi siete meses, los jugadores uruguayos ganaron la huelga de las piernas cruzadas.

Un año después, también ganaron el campeonato mundial de fútbol.

Brasil, el dueño de casa, era el favorito indiscutible. Venía de ganar a España 6 a 1 y 7 a 1 a Suecia. Por veredicto del destino, Uruguay iba a ser la víctima sacrificada en sus altares en la ceremonia final. Y así estaba ocurriendo. Uruguay iba perdiendo y doscientas mil personas rugían en las tribunas cuando Obdulio, que estaba jugando con

un tobillo inflamado, apretó los dientes. Y el que había sido capitán de la huelga fue entonces capitán de una victoria imposible”.

¿Dónde ocurrió semejante prodigio? En Maracaná. Así se titula la siguiente nota, mejor dicho el siguiente poema:

“Loas moribundos demoraron su muerte y los bebés apresuraron su nacimiento.

Río de Janeiro, 16 de julio de 1950. estadio de Maracaná.

La noche anterior, nadie podía dormir.

La mañana siguiente, nadie quería despertar”.

Y terminemos con otra de futbol:

“Londres, estadio de Wembley, otoño de 1995.

La selección colombiana de futbol desafía al venerable futbol inglés en su templo mayor, y René Higuita se manda una atajada jamás vista.

Un delantero inglés dispara un tiro fulminante. Con el cuerpo horizontal en el aire, el arquero deja pasar la pelota y la devuelve con los tacos, doblando las piernas como el escorpión tuerce la cola.

Vale la pena detenerse a mirar las fotos de ese documento de identidad colombiana. Su fuerza de revelación no esta en la proeza deportiva, sino en la sonrisa que cruza la cara de higuita, de oreja a oreja, mientras comete su sacrilegio imperdonable”.